

## PAUL VEYNE: LOS EMBATES DE LA RAZON CINICA EN HISTORIOGRAFIA (\*)

CARLOS IGLESIAS \*

La intención del presente trabajo es mostrar el desplazamiento que se produce en el pensamiento del historiador francés Paul Veyne, reputado como el epistemólogo de Anales, a lo largo de dos décadas, con respecto a lo que podríamos denominar provisoriamente: el problema de la verdad en el discurso historiográfico.

Para ello hemos puesto el acento en cuatro textos (1) que se suceden cronológicamente:

- *Cómo se escribe la historia*, 1971 (CSEH).
- *La historia conceptualizante*, 1974 (HC).
- *Foucault revoluciona la historia*, 1978 (F).
- *Creyeron los griegos en sus mitos?*, 1987 (CGM).

Esta sucesión cronológica no "explica", salvo que la utilicemos en su función diegética, pero como toda cronología ofrece un terreno firme sobre el cual edificar. Aun así alguien como Veyne podría acusarnos de arbitrariedad y exhortarnos en términos foucaultianos: "no me pidan que sea siempre el mismo". Creemos que el mismo Foucault no podría negarse a responder, por lo menos sin sentirse incómodo, la siguiente pregunta: ¿podría Ud. darnos algunas razones por las cuales ya no es el mismo?. Permítasenos, sin embargo, argumentar en favor de nuestra selección, que va más allá de la simple cronología. El primer texto presenta una serie de ambigüedades, que son analizadas por Raymond Aron;(2) en el segundo Veyne acusa recibo de las críticas de aquél y modifica algunas de sus propuestas anteriores; en el tercero modifica sus modificaciones, despertado de su sueño dogmático por M. Foucault; llegamos, por último, al cuarto trabajo donde nuestro autor cambia nuevamente su posición. En éste hay una mención explícita a Foucault en el prólogo, lo que nos permitiría, con alguna licencia, relacionarlo con el anterior.

En lo que sigue pretendemos mostrar como Veyne desarrolla sus reflexiones sobre el *metier* del historiador sobre el trasfondo de una teoría de la verdad -aunque con

---

\* Universidad Nacional del Litoral.

variaciones-, en sus tres primeros textos, para, en el último, desprenderse de cualquier sujeción a teoría alguna y, más aun, de cualquier pretensión de conocimiento.

Comencemos por enunciar nuestro problema. En términos clásicos, esto es, metafísico-realistas, el problema de la verdad es el de la relación ontológica entre las cosas en sí y la representación que de ellas nos hacemos. Nuestros enunciados se “adecuarían” exactamente a aquellas cosas a las que refieren. Esto es así porque nuestro lenguaje es simplemente el vehículo que une nuestra mente con las cosas,(3) y, tal como sancionara Spinoza, “*el orden y la relación entre las cosas, es el orden y la relación entre los pensamientos*”.(4) Esta concepción hegemonizó la reflexión epistemológica hasta principios de nuestro siglo, a tal punto que aquellas concepciones que se elaboraron como antagónicas permanecieron dentro del espacio abierto por aquella.

Desde esta concepción de Verdad -con mayúsculas- es que la Ilustración propone una vía de desarrollo y progreso para las sociedades. Teniendo como modelo la historia de la ciencia, Condorcet deduce enunciados normativos -morales y políticos- de proposiciones científicas.(5) Esta Verdad es reducida a objetividad en el siglo XIX por el positivismo. A partir de éste las teorías científicas no pueden producir enunciados normativos y cualquier valoración es remitida al plano ideológico -entendiendo ideología como falsa conciencia-.

Este problema podríamos traducirlo en términos historiográficos: la narración histórica, ¿representaría las *res gestae*, reproduciría en el lenguaje el movimiento real histórico?(6) La famosa frase de Ranke podría leerse desde esta óptica. Hegel también permaneció dentro de este marco, puesto que la forma *rerum* fundaba las *res gestae* y, en definitiva, era la representación real racional del devenir histórico. Lo mismo podríamos afirmar de Marx, para quien existiría una relación directa entre el modo de exposición y el modo de investigación.

Creemos que Veyne mantiene como trasfondo de sus dos primeros escritos una concepción de verdad como *adecuatio* -aun para refutarla-, cuestión que derivaría en un postulado de objetividad a partir de su encuentro con Foucault. Desde entonces la verdad sería, vía un Nietzsche leído por Foucault, voluntad de poder.

Antes de acceder al cuarto texto, retomemos nuestra cronología. En un primer momento Veyne había afirmado: “*la historia es una novela verdadera*”.(CSEH: 10) A partir de allí Veyne intenta urdir una serie de argumentos. Si no somos lectores “*amistosos*”, ni tenemos “*sentido del humor*” -condiciones *sine qua non*, según Aron para leer el texto-, estaríamos tentados de remitir a las distintas críticas, como las de Gerreau o Ferrarotti; pero en lugar de ello preferimos remitirnos al artículo donde el mismo Aron se ocupa de la cuestión.

R. Aron detecta tres causas que a su juicio son las que provocan las “*aparentes*” contradicciones en las que incurre Veyne: a) Veyne piensa primero y ante todo “*contra*”; b) Veyne ha adoptado el papel de “*maestro*”; y c) Veyne extrae de Marrou su concepción del conocimiento histórico -no científico, eminentemente narrativo, comprende y no explica-. Conclusión: “*De donde resulta la conjunción del subjetivismo -el historiador*

*recorta libremente su campo de investigación-, y el objetivismo -los hechos y los acontecimientos son lo que son y ni...el historiador ni nadie cambiará nada de ello-".(7)*

En 1974 Veyne escribirá *La historia conceptualizante*, y allí intenta corregir las ambigüedades señaladas por Aron. Según el mismo Veyne aquél hace sentir su peso intelectual en el nuevo texto.(HC: cita 8). La teoría precede a los hechos, había afirmado Aron, y nuestro autor parece estar de acuerdo,

*"Tal vez sintamos la tentación de sacar la conclusión apenas exagerada, pero exagerada sin embargo, de que la historia no se escribe por medio de abstracciones, que 'los conceptos sublunares son perpetuamente falsos porque están difuminados, y que están difuminados porque su objeto no cesa de moverse', como un autor reciente (a decir verdad yo mismo) escribiera ingenuamente".(HC: 85)*

Este Veyne ha dado un paso frente al anterior, y se ha decidido por un camino, si antes la historia era una novela verdadera, ahora:

*"...La historia es análisis, mejor que narración. Son los conceptos lo que la distinguen de la novela histórica y de sus propios documentos...la realidad existe, sin ser concebida distintamente, el novelista la crea o la recrea, el historiador nos presenta su equivalente conceptual; no es sólo un erudito".(HC: 83)*

Ya en la introducción había enumerado sus intenciones, entre las que subrayaba la **conceptualización** como futuro promisorio del hacer historiográfico, sosteniendo como **modelo** el trabajo de Max Weber. Siguiendo su espíritu, nos dice:

*"Las conceptualizaciones históricas también son fruto de una investigación experimental...de una apercepción intelectual que podemos comparar con el esfuerzo de visión. El sentimiento del esfuerzo está presente en dos momentos del trabajo histórico, la crítica y la explicitación".(HC: 82)*

En este trabajo repleto de citas -ninguna alude a Foucault-, Veyne enfatiza el marco teórico, la heurística y la hermenéutica, en fin, la dimensión de la investigación histórica frente a la forma narrativa final de la exposición historiográfica. La historia no sería pasible de improvisación -¿invención?-, y tendría una rigurosidad que no envidiaría en absoluto a ninguna ciencia.(HC: 80) Si bien considera la narración historiográfica, no nivela a ésta con cualquier narración, los límites están claramente fijados.(HC: 84)

Más tarde nuestro historiador descubre a M. Foucault y se producen algunas reflexiones, que hacen pensar que el artículo anterior fue sólo un desvío desgraciado. Cuando después de haber elogiado y analizado el método de Foucault, Veyne confiesa:

*“Es posible que al afirmar todo esto me ciegue el amor propio ya que he mantenido en mi lección inaugural que la historia debía escribirse con la ayuda de las ciencias humanas e implicaba invariantes”.(F: 228)*

Ahora rechaza el modelo, que antes le parecía imprescindible, el de Max Weber. Con todo, sigue defendiendo una rigurosidad de la práctica historiográfica, pero esta vez, en el plano exclusivamente metodológico.(F: 207) Foucault habla de lo mismo que hablan los historiadores,

*“...se esfuerza por ver las prácticas de las gentes como es realmente...lo único que hace es hablar de ello con rigor...habla de lo mismo que nosotros, por ejemplo, la conducta práctica de un gobierno; sólo que nos la hace ver como es de verdad arrancando el drapeado”.(F: 210)*

Si Foucault es el historiador “puro” totalmente positivista, aquella verdad de la que habla Veyne, sería alcanzada por la rigurosidad metodológica, sin presuposiciones de ninguna clase. Verdad aquí sería igual a objetividad. Es por esto que Veyne, defiende a Foucault, de los ataques de relativismo y escepticismo,

*“No es lo uno ni lo otro...la cuestión que se debate no es la misma de una época a otra; y, sobre el aspecto que resulta ser propio de cada época, la verdad es perfectamente explicable y no tiene nada de vaguedad indeterminada”.(F: 231)*

No existe sin embargo, una verdad inalterable, la historia ha demostrado que aun las verdades establecidas por las ciencias están sujetas a corrección. El problema de Foucault sería:

*“...¿cómo superar una filosofía de la conciencia sin caer en las aporías del marxismo?, o, a la inversa, ¿cómo escapar de una filosofía del sujeto sin caer en una filosofía del objeto?”.(F: 235)*

La solución sería una opción positivista, que elimine los últimos vestigios de la metafísica, los últimos objetos no historicados. El historiador tiene ante sí las prácticas

discursivas, la noción de la historia como un todo relacional. El modelo es ahora el Nietzsche de la *Genealogía de la Moral*:

*“La historia-genealogía, al estilo Foucault, abarca por tanto completamente el programa de la historia tradicional; no deja de lado la sociedad, la economía, etc., pero estructura esa materia de otra manera: no se atiende a los siglos, los pueblos ni las civilizaciones, sino a las prácticas; las tramas que relata son la historia de las prácticas en que los hombres han visto verdades y de sus luchas en torno a esas verdades”.*  
(F: 237)

Estamos así, en cuanto a nuestro problema, en una situación comparable a la de Ranke, pero esta vez sin dios. Me explico: tenemos rigurosidad metodológica, que nos permite historiar lo que los hombres “hacen realmente”; además una petición de principio, no presuponer, no valorar; algo de historicismo;(F: 218, cita 4) algo de materialismo positivista, todo a la sombra de Nietzsche. Extraña alquimia.

De todas formas, la verdad, es ahora reducida a sus términos positivos, es decir, a objetividad. Esta reducción positivista fue posibilitada de alguna manera por el mismo desarrollo de las ciencias, que a partir del siglo XVIII no postulaban ya la existencia de una racionalidad anterior a toda investigación, sino que sólo aseguraban la racionalidad y objetividad de los métodos y los resultados obtenidos. Pero para la historia el problema subsiste en otra dimensión. El positivismo suplanta la relación cognitiva sujeto-objeto, por las teorías que, por así decirlo, conformarían el “tercer mundo” objetivo. Pero en Foucault, a pesar de las apariencias, no existe una tal teoría, si hemos de acordar con R. Rorty, quien dista de ser un filósofo tradicional.(8)

Con todo, Veyne nos aconseja, en tanto historiadores, a no desechar el “regalo” foucaultiano, que seguramente alguien recibirá, pues “...la capacidad natural de adaptación...tiene horror al vacío”.(F: 238)

Esta última frase, escogida con total premeditación, nos permite acceder al último estadio de nuestro análisis. En él procuraremos mostrar un nuevo desplazamiento en Veyne, operado en un contexto en el que parece sentirse muy cómodo, y que Gilles Lipovetsky ha llamado *la era del vacío*.(9)

En este nuevo libro pretende, sobre el modelo de creencia de los Griegos en sus mitos, explorar otras modalidades de creencia. Sostiene que, en realidad, no deberíamos llamarles creencias, sino verdades, y más aun, deberíamos caer en la cuenta de que las verdades son en sí mismas imaginaciones. Imaginación que,

*“...está en el poder desde siempre: ella y no la realidad ni la razón, ni el largo trabajo de lo negativo”.*(CGM: 14)

Esta imaginación es un “palacio”, dentro del cual se modelan desde las religiones hasta las ciencias, y fuera de ella nada existe. Es una facultad, a la manera de Kant, que constituye nuestro mundo, es trascendental pero histórica. Más adelante va a corregir este lapsus:

*“(la imaginación) no es transhistórica, sino más bien, interhistórica..., (es) una especie de espíritu objetivo en el cual los individuos se socializan”.(CGM: 178)*

La cuestión de la verdad aflora desde el primer párrafo:

*“No tenemos una idea falsa de las cosas: es la verdad de las cosas la que, a través de los siglos, se ha constituido extrañamente”.(CGM: 14)*

Y en la página siguiente:

*“Los hombres no encuentran la verdad: la hacen, como hacen su historia, y ambas lo demuestran”.(CGM: 15)*

Proposición esta última que podríamos llamar tautológica, y de alguna manera contradictoria con la anterior. Sería oportuno recordar a Wittgenstein, quien definió los límites del “espacio lógico” de significación llamándolos tautología y contradicción, límites necesarios que encierran todo aquello que puede ser dicho con sentido. Pero a Veyne parece no preocuparle el sentido, o la coherencia lógica de sus dichos.

Nuestro autor ya no se siente cómodo en el ropaje de un positivista puro, cualidad que había saludado en M. Foucault en el anterior escrito; ahora nos dice:

*“...ninguna crítica positivista agota lo fabuloso y lo sobrenatural”.(CGM: 19)*

Igualmente la sombra de Foucault se hace sentir, sólo que ahora no hay prácticas discursivas sino “programas de verdad”; y la cualidad histórica ya no es la rareza sino la “complicación”. El ejemplo en que afirma que un árbol no es ni verdadero ni falso, sino sólo es complicado, puede ayudarnos a vislumbrar como funciona esta nueva categoría de análisis. Así también, revalorizará el *Discurso de la historia universal*, de Bossuet,(CGM: 18) que antes le parecía indigesto.(F: 226)

En CSEH. y HC., se observaba un desplazamiento desde una Verdad metafísica -contra la que se disputaba- al establecimiento de “núcleos de cientificidad” en la historia, vía una metodología y una conceptualización rigurosas. En F., se desprendía de la conceptualización, pero mantenía la rigurosidad metodológica. Ahora abandona cual-

quier ilusión objetivista:

*“Entre una realidad y una ficción, la diferencia no es objetiva, no está en la cosa misma, sino en nosotros, según que subjetivamente veamos o no en ella una ficción: el objeto no es nunca increíble en sí mismo, y su desvío con respecto a la realidad no podrá chocarnos, ya que no la percibimos, al ser todas las verdades analógicas”.(CGM: 50)*

La verdad es una palabra homónima que no debería utilizarse más que en plural. ¿Cómo funciona esta verdad en plural?, veamos un ejemplo:

*“Como decía Renan, es suficiente admitir lo sobrenatural para no poder demostrar más la inexistencia de un milagro. Es suficiente con creer que Auschwitz no ha tenido lugar para que todos los testimonios sobre Auschwitz se transformen en increíbles. Tampoco nadie ha podido mostrar jamás que Júpiter no existía”.(CGM: 19)*

Esto lo lleva a levantar su voz en favor de un “pobre hombre”, como Faurisson, quien allá por 1980, postuló la inexistencia de las cámaras de gas nazis, defendiendo su derecho a operar dentro de un determinado programa de verdad.(CGM: 174-175) También un programa de verdad cubriría cualquier razón, que no sería mala si apoyara una buena causa, como el hipotético romano que sin mala fe manipulara la religión con fines políticos.(CGM: 147-148)

Supongamos que Veyne no escribe desde el Olimpo -del cual, a fe suya, no podemos demostrar su inexistencia-, podemos inquirir siquiera por las razones -cómo llamarlas?- que permiten sus afirmaciones.

Si algo se mantenía como indiscutible en los tres textos anteriores, era la rigurosidad metodológica en el trabajo historiográfico. Si había pensado en la narración, lo había hecho como forma de exposición del quehacer del historiador. Aun en CSEH, había mantenido que la mejor explicitación histórica era aquella que emanaba de un relato suficientemente documentado.(CSEH: 69) Pero ahora la narración es pensada de otra forma, como una dimensión con peso propio, de ahí la salutación al libro de Huppert, para quien la investigación histórica y la escritura de la historia son cosas diferentes, hasta tal punto que pueden permanecer extrañas en el espíritu de un mismo hombre.(CGM: 19) Curioso terreno el de las narraciones: medio donde la heterogeneidad de los regímenes de frases encuentra el mejor lugar para hacerse olvidar;(10) magma de las significaciones sociales imaginarias.(11) Veyne va a usufructuar la dimensión narrativa, como el lugar donde confluyen y se mezclan las proposiciones cognitivas, las normativas y las expresivas, pero preocupándose expresamente por no distinguirlas. Esto no va a ser tema

de reflexión en su texto, pero arriesgamos a que mantiene esta cuestión como trasfondo de su escrito. Unido a esto encontramos su peculiar concepción de la *"imaginación instituyente o constituyente"* -algunos párrafos de CGM hacen recordar a pasajes del Génesis (CGM: 202-203)-. Así Veyne se maneja con soltura en un espectro amplísimo de problemas; por lo pronto explota las contradicciones casi "naturales" de la narración cotidiana, para pedirnos, que aceptemos que:

*"Nuestro espíritu no se somete a un suplicio, cuando pareciendo contradecirse, cambia subrepticamente de programa de verdad e interés, como lo hace sin cesar. No hay ideología en esto, es nuestra manera de ser más natural".(CGM: 147)*

Así puede utilizar indistintamente como autorictas a Feyerabend en una parte, para sostener sus propias opiniones; y una concepción popperiana de las teorías, en otra.(CGM: 192) En cuanto a los *"palacios de la imaginación"*, permítasenos citar -ya que Aron no está- a C. Castoriadis:

*"El gran diario de la tarde titula un artículo: 'Lo imaginario, un valor que asciende'.....que no está en las páginas financieras, sino que está en las páginas culturales, es de un profesor de historia para quien de la historia se puede afirmar cualquier cosa y la contraria, no por eso deja de escribir libros de historia, después de haber tratado como bachiller mediocre la cuestión de saber si cierto pueblo a fe mía bastante conocido creía en sus mitos, a fe mía igualmente conocidos.....habla gravemente de la imaginación constituyente, claro está preguntándose aun menos en qué podía consistir esa imaginación o por qué -puesto que ella es sin discusión histórica- no se la puede llamar ciertamente también la animaginación desconstituyente".(12)*

Esta larga cita nos permite librarnos de la culposa duda sobre posibles errores de traducción en el texto que manejamos.

Leyendo el texto de Veyne, uno no sabe a ciencia cierta si sólo se está refiriendo a los historiadores, a los periodistas, a los literatos, o simplemente a la gente. Y la historia? ¿Pueden los historiadores establecer algo con respecto al pasado?

*"A decir verdad, el problema consiste en distinguir la historia ficción de la historia que se quiere seria. ¿Deberá juzgársela por su verdad? El sabio más grave puede equivocarse y la ficción sobre todo no va sin error".(CGM: 173)*



Nos quedará, por lo menos, el rigor metodológico:

*“¿Y sobre el rigor? Es tan grande en un falsario cuya imaginación sigue a sus espaldas el dictado de un programa de verdad tan determinado como el que siguen sin saberlo los historiadores considerados serios, más aun es el mismo”.(CGM: 173)*

Resumiendo, no existen algo así como las *res gestae*, no hay posibilidad de referir a aquéllas ni siquiera indirectamente ninguna forma *rerum* con características identificatorias y, finalmente, acerca de los criterios que podrían ser compartidos por los miembros de una comunidad:

*“Es aquí donde el látigo hiere más. Lo que es conforme con el programa de verdad de una sociedad será percibido como impostura o lucubración en otra. Un falsario es un hombre que se ha equivocado de siglo”.(CGM: 173)*

Nuevamente Veyne utiliza licenciosamente una concepción prestada. Ahora es la famosa inconmensurabilidad, que él propone llevar hasta el interior mismo de las comunidades. Ya lo dijo Leibniz, “*la nada es más fácil y más simple que algo*”.

Aceptado el vacío, qué puede hacer el historiador:

*“La reflexión histórica es una crítica que rebate las pretensiones de saber y que se limita a decir lo verdadero sobre las verdades sin presumir que exista una política verdadera o una ciencia con mayúsculas. ¿Esta crítica es contradictoria y se puede decir que es verdad que no hay verdades? Sí.....”(CGM: 205)*

Llegados hasta aquí, la gran duda que persiste es: ¿dónde estará Veyne el año próximo?.....

## NOTAS

(\*) El título es una obvia referencia a la obra de Peter Sloterdijk, *Tratado de la razón cínica*.

(1) VEYNE, P., *Cómo se escribe la historia - Foucault revoluciona la historia*, Alianza, Madrid, 1984; “La historia conceptualizante”, en LE GOFF, J. y NORA, P. (comps.), *Hacer la historia*, LAIA, Barcelona, 1980; ¿*Creyeron los griegos en sus mitos?*, Granica, Barcelona, 1987.

(2) ARON, R., “Cómo el historiador escribe la historia”, en ARON, R., *Introducción a la filosofía de la historia*, Siglo XX, Buenos Aires, 1983, t. 2.

- (3) HABERMAS, J., *Pensamiento Postmetafísico*, Taurus, México, 1990.
- (4) SPINOZA, B. de, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984, parte II, prop. VII.
- (5) HABERMAS, J., *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Madrid, 1987.
- (6) BARTHES, R., "El discurso de la Historia", en BARTHES, R., et al. *Ensayos estructuralistas*, CEAL, Buenos Aires, 1971.
- (7) ARON, R., op. cit.
- (8) RORTY, R., "Foucault y la epistemología", en COUZENS HOY, D. (comp.), *Foucault*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.
- (9) LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 1990.
- (10) LYOTARD, J.F., *La diferencia*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- (11) CASTORIADIS, C., *Los dominios del hombre*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- (12) *Idem*, págs. 12-13.